



Serrano Suñer, de uniforme negro y apoyado en la barandilla, con el jefe de la policía nazi, Himmler (segundo por la izquierda), en Berlín.

JAPÓN UTILIZÓ A ESPAÑA PARA ESPIAR A ESTADOS UNIDOS, REINO UNIDO Y LA INDIA

Pearl Harbour no quedaba tan lejos

FLORENTINO RODAO

Tras el ataque japonés en Hawái, Cia-

Este texto es un capítulo del libro 'Franco y el imperio japonés. Imágenes y'

Aunque los dos regímenes seguían compartiendo intereses y objetivos, ya no estaban al margen; antes bien, uno había entrado en la guerra y el otro no. Es-

que una buena parte de los emigrantes nipones vivían en áreas rurales. Además, Madrid ya había representado los intereses de Japón en Alemania durante

beligerantes destinaron a la Península una importante proporción de su gasto en espionaje, que se reflejó en el nombramiento de un buen número de agentes y, en algunos casos, de embajadores con una previa experiencia en la materia, como el caso de Japón con Yakichiro Suma, o en el caso del Reino Unido, con Samuel Hoare, o Estados Unidos, con Carlton Hayes, ambos antiguos componentes del servicio secreto. La última razón de esa importancia de España es obvia: los espías atraen a más espías.

Japón organizó los servicios de inteligencia en la península Ibérica compatibilizando las funciones de España y Portugal, uniéndolas con línea telefónica directa con los operativos instalados en la retaguardia, en Alemania e Italia. La legación de Madrid fue encargada de escuchar las transmisiones inglesas y norteamericanas por radio. También, por medio de la Embajada en Estambul y dirigido por un turco falangista nacionalizado tras haber luchado en la guerra civil, los españoles formaron una red de espionaje en la India, centrada en Mumbai (Bombay), en donde Japón no tenía ninguna estructura previa), para saber sobre movimientos en el océano Índico. La marina nipona también envió espías a Algeciras para conocer el paso de los buques por el Estrecho y se intentó destinar a un japonés a Canarias. Portugal tuvo limitaciones para los japoneses. La calidad de la información era pobre porque los periódicos lisboetas no tenían corresponsales en el exterior. Además, Japón provocó una tensión adicional al ocupar Timor Oriental, obstaculizando

Ino de Exteriores y yerno de Mussolini, anotó en su diario que recibió una llamada de su colega alemán, Joachim von Ribbentrop, pidiendo a Roma sumarse a la declaración de guerra contra Estados Unidos. Después, acababa el párrafo con una pregunta que nunca recibiría respuesta: "¿Y España?".

No era tan extraño que Ciano asociase el ataque japonés con la actitud de Madrid. Desde que, a partir del 7 de julio de 1937, la guerra civil española coincidiera con la chino-japonesa, los militaristas japoneses y los franquistas eran vistos tanto por amigos como por enemigos con un cierto paralelismo. Primero, embarcados en esas dos guerras simultáneas, que unos interpretaban como anticomunistas y otros como antidemocráticas; después, como las dos cartas más favorables al Eje, teniendo la clave para la toma de dos de los puntos más decisivos en la conflagración mundial, Gibraltar y Singapur, pero también, por último, con actitudes dubitativas ante la entrada en la guerra en Europa, que sólo conseguían irritar a sus amigos, sin que los adversarios se decidieran a realizar concesiones significativas. Madrid y Tokio cimentaron esa creciente relación política no sólo firmando pactos, como el Anticomunista o el Tripartito (1940), al que Madrid se adhirió secretamente, sino también alimentando ambiciones imperiales al calor de las victorias del Eje, unos, pensando en conseguir territorios en África, y los otros, en Asia oriental, donde sus continuas victorias seguían sin conseguir doblegar a China.

Tras Pearl Harbour, ese paralelismo desapareció. Fue el fin de la reciprocidad y el sentido de los contactos mutuos cambió.

propaganda en tiempos de guerra', que próximamente publicará Plaza y Janés. El autor, Florentino Rodao, es doctor por la Universidad Complutense y candidato a doctor en la Universidad de Tokio. Es presidente de la Asociación Española de Estudios del Pacífico.

Madrid ya había representado los intereses de Japón en Alemania durante la I Guerra Mundial, y desde el principio de la guerra protegía los intereses de italianos y alemanes

El embajador en Tokio, Santiago Méndez de Vigo, se preciaba de tener entre sus informadores a un primer ministro japonés y una cohorte de políticos opuestos al militarismo

paña veía por primera vez sufrir la guerra a una antigua colonia con la que le unían aún fuertes lazos económicos y culturales, las islas Filipinas. A pesar del tiempo pasado, lo hispano era parte de la identidad filipina (en 1938, por ejemplo, se vendían diariamente más de 80.000 ejemplares en español), y Madrid quería protegerlo. Japón, por su parte, encargó en el continente americano a los españoles las dos principales tareas que no podía hacer un país en guerra: el cuidado de sus intereses y la recolección de información secreta en Estados Unidos. Las relaciones, ciertamente, se adaptaron a los nuevos tiempos: pasaron a tener un objetivo más práctico.

Los intereses japoneses

Una de las necesidades más imperiosas de Japón después de Pearl Harbour fue protegerse en los países enemigos. Tokio se vio envuelto en multitud de rupturas diplomáticas y declaraciones de guerra, sobre todo en el continente americano, donde, además, los nipones fueron objeto de asaltos, bloqueos de cuentas bancarias e incluso detenciones más o menos estrictas. España fue encargada de la mayor parte del continente americano, a excepción de México y Guatemala, y tuvo una responsabilidad mucho mayor que otros tres países neutrales que también se encargaron de velar por sus intereses, Suiza, Portugal y Suecia. Tanto por el número de países o por estar a cargo de las colonias niponas más numerosas, Perú y Brasil, como por abarcar Estados Unidos. España fue elegida por Japón por una mezcla de motivaciones de carácter técnico y político. Dentro de las razones técnicas estaba la amplitud de la red diplomática de España en América Latina, muy conveniente por

la I Guerra Mundial, e incluso desde el principio de la guerra europea protegía los intereses de italianos y alemanes. Pero también hubo motivos políticos. Por un lado, porque Tokio suponía a los funcionarios españoles más favorables a sus intereses, pero también buscando beneficios más allá de la defensa de sus nacionales. El primer mensaje de Serrano Suñer a Washington sobre este tema señalaba: "A petición Gobierno japonés, España acepta encargarse sus intereses en este país. [...] Propóngame urgentemente personal y presupuesto considere necesario para cumplimiento nuevas funciones, indicando si en respectivas colonias existen españoles de confianza no significados ante autoridades norteamericanas, como *quintacolumnistas*, cuya colaboración pueda utilizarse en cumplimiento esta misión de alto interés nacional". Tokio, al menos en Estados Unidos, pensaba en utilizar esa representación de sus intereses japoneses como canal para recolectar información de inteligencia, una vez que las detenciones masivas de japoneses y su transporte a regiones al interior alejadas de la costa Oeste desbarataron sus antiguas redes. Las motivaciones políticas, ciertamente, prevalecieron.

La labor de espionaje no era menos importante. Japón contaba con Italia y Alemania para recibir informes, maquinaria y tecnología. Pero para todas las labores de recogida de información en los países enemigos, la base más apropiada para ese espionaje, que precisaba del contacto directo, fue la península Ibérica, que se convirtió en la Meca del espionaje durante la Segunda Guerra Mundial gracias a su posición tan cercana a los frentes y su relativa apertura a las comunicaciones. Todos los Gobiernos

los contactos formales e impidiendo que las relaciones con altos cargos fueran más allá de la formalidad.

Labores de espionaje

Al contrario de España, donde los nativos asumieron responsabilidades en las labores de espionaje. Los nipones no sólo contaron en Madrid con la mediación alemana y con un dinero que era codiciado en los difíciles años de posguerra, sino con españoles deseando su victoria y dispuestos a ayudarles en su esfuerzo de guerra. Sobre todo, Ramón Serrano Suñer, a la sazón ministro de Asuntos Exteriores. Su primera decisión tras el estallido de la guerra fue sencilla: entregar copias de los informes de sus embajadores en Washington, Londres, Río de Janeiro y Buenos Aires al representante de Tokio, Yachihiro Suma, que enseguida los remitió a Tokio bajo la denominación "Inteligencia Suñer", que después llamaría "Su" a secas. Suma, ante tamaña disposición a colaborar, dio un paso adelante y pidió si sería posible que los diplomáticos de las embajadas españolas en Londres y en Washington pudieran recoger información secretamente, para después sugerir, ante las reticencias para esa colaboración entre los diplomáticos, si Serrano le podría ayudar a formar una red de espionaje. El ministro accedió a las propuestas, aparentemente sin dudarle. Para ello, autorizó que esos espías usaran sus números secretos personales para la comunicación telegráfica, que sus informes escritos se enviaran como cartas privadas para él entre paquetes postales, que las autoridades ignoraran los posibles problemas en las comunicaciones de onda corta y, por último, que fueran emitidos pasaportes españoles para personas comprometidas. La disposi-

